

tambien me dice: «Siempre te ha estado engañando; renuncia á él. Aquél que de veras te ama no aguarda, para abrirte los brazos, más que una súplica de tu parte!»

¿A quién escuchar?... ¿A quién de los dos creer?... ¡No lo sé! Hace un momento reía; en este instante lloro. ¿Llegaré por ventura á perder la razon?... ¡Oh, Dios Bueno quien quiera que tú seas, ten piedad de mí!

Pero... no más turbaciones, no más tormentos de la imaginacion! Pensemos en la obra urgente y necesaria. ¡Ya no soy de ellos! Ved ahí lo indiscutible. ¡A escribir sin odios ni rencores el libro de buena fé! ¡A decir sin temblar todo, todo lo que hay que decir! ¡Neutralízate, alma mía, en tanto que mi pluma corra por el papel!

Y, renunciando invocar á *espíritus sobre los que se discute*, invocaré nada más, para que me sostenga, á Aquella á quien tengo por la heroína más sublime que jamás vención en este mundo y que, donde estuviere, no puede ménos que estar cerca del Eterno Bien:

—¡Santa Juana de Arco! ¡Combate por mí!

DIANA VAUGHAN

Junio 8 de 1895.



MEMORIAS
DE UNA EX-PALADISTA.

¡Gloria á Dios, el único verdadero Dios!
¡Gloria á Cristo y á su Madre Santísima!
¡Viva Juana de Arco!

Junio 14 de 1895.



SCRIBÍ mucho todavía despues de la contestacion que dí á la bóveda londonense, pero no es posible ya utilizarlo. No contaba yo con que pronto había de verme en la necesidad de publicar mis memorias en el sentido que se da á esta palabra. Mis primeras impresiones las escribí como por sorpresa; pero de ayer acá esas impresiones no son las mismas que eran todavía antier.

Fué ayer para los católicos romanos el día de Corpus Christi, ó fiesta de la Eucaristía. Para los Paladistas, fué el día mismo de ayer la tercera de las grandes fiestas de Lucifer, pues los otros dos en que celebran á su dios mis ex-Hermanos y ex-Hermanas, son: la Natividad, fiesta de blasfemias

contra el Cristo que nace, y el Viérnes Santo, fiesta de regocijo contra el Cristo que muere en una Cruz.

Llegué el miércoles á la ciudad donde vive la digna y santa mujer que conoció á uno de mis antepasados, á quien debí particular cariño; y aunque no me esperaba para ese día, no bien me anuncié con una tarjeta, abriéronse para mí las puertas de su convento, y penetré. Sólo ella y otra religiosa más fueron las que me conocieron.

Al traspasar los umbrales de aquel piadoso asilo, tal me pareció sentir como que daba un paso más para acercarme á Dios, al único verdadero Dios.

¡Oh Dios, á quien desconocí! ¡Perdon! ¡Perdon! Entre tus vírgenes se halla esta criatura indigna. . . ¡Perdon una vez más, oh Dios de toda bondad!

Sí, Señor; no hay más que un solo Dios, y ese sois Vos. El otro es la mentira, Vos sois la verdad. Porque no había de ser posible que á un tiempo mismo existieran dos Satanes, dos dioses malos; y Lucifer es Satán. ¡Gracias, Señor, que seréis mi Dios de hoy en más! ¡Todo lo acabo de comprender!

Siento en mi interior la tranquilidad; mi alma se regocija y mi corazón se deshace en una dulce alegría, desconocida para mí hasta este instante. Rogad por mí, nuevos amigos míos; pedid á los ángeles, á los santos, al mismo Dios, que conserve yo esta paz tan suave todo el tiempo que me quede aún de vida; que me asista la bendita Ma-

dre de Cristo principalmente á la hora de la muerte.

En torno mío han estado prodigándome todo género de atenciones, ellas, las vírgenes del Señor, y yo en dulcísima conversacion, tomándole la mano, con aquella que me traía á la memoria uno de los recuerdos más gratos de mi vida. . . Mas, dejemos esto.

Al día siguiente en la mañana, ó sea el juéves, debía yo abandonar aquella casa, mansion de la paz y de la virtud. Ninguna de las dos religiosas que estaban en mi secreto había hecho nada por atraerme, por conquistarme; pero las dos habían orado, habían orado mucho, y yo también.

—¿Ya nos vamos á separar? les pregunté.

Ambas se quedaron mirándome con los ojos humedecidos por el llanto. Iba á dar ya la hora en que deberían reunirse á la comunidad para rezar su oficio.

—Permítanme Vds., agregué, que asista á la misa, á la oracion por excelencia que ustedes tienen. Estaré en ella con el mayor recogimiento, ofreciendo á Vds. que ninguna de las Hermanas maliciará que yo no soy cristiana.

Después de deliberar brevemente entre sí, una de ellas, la que ejercía más autoridad, me dijo:

—Venga Vd., querida hija.

Entonces me abracé á su cuello para expresar le mi agradecimiento. Lloró ella, y también las tres lloramos. ¡Cuán dichosa era yo en aquel instante! . . .

¡Oh! y ¡qué inolvidables serán para mí los que pasé en la capillita!... Un objeto, que no podía descubrir á aquellas buenas religiosas, era el que me proponía al pedirles que me permitieran asistir á la santa misa de los católicos romanos; y ese objeto no le podía expresar, porque lo que hubiese tenido que decirles habría sido causa de inmenso dolor para ellas, no por mí, ciertamente, pero sí por lo que hacía á mis ex-Hermanos y ex-Hermanas.

Sentía deseos de arrodillarme delante del altar cuyo tabernáculo sirve de pedestal á la imágen del dulcísimo Crucificado, de Aquél que tanto amó á los hombres, y quería yo, postrada allí y levantando el alma al Dios de los cristianos, pedirle perdon por todos los ultrajes que en ese mismo día se esforzaban por hacerle los adoradores de Satanás insultando al Cristo por medio de locuras monstruosísimas.

Y la bondad de las vírgenes de Dios me permitía entrar al Santuario del Eterno Bien.

Se me llevó al lugar que estaba destinado para el público, donde me confundí con los católicos que concurrían á la gran solemnidad, sintiéndose felices de practicar sus actos de piedad en aquel convento como en un templo privilegiado. Dijérase que unidas con las de aquellas santas mujeres, suben más fácilmente al cielo las oraciones de los ménos dignos.

Mi amiga—que bien puedo llamarla así—la religiosa, me había prestado un libro de misa para

que pudiese yo seguir con facilidad las ceremonias del santo Sacrificio, diciéndome: «No tiene Vd. que hacer sino lo que hagan los que tenga Vd. allí cerca: sentarse, hincarse ó pararse cuando ellos lo hagan. Pero, eso sí, procure usted pedir, que, por nuestra parte, también nosotras pediremos con Vd.» Yo tomé el libro, pero casi no me sirvió de nada, pues desde que comenzó la misa me arrodillé sin preocuparme con los cambios de postura que durante la ceremonia veía yo en los fieles, ni fijar la vista más que en el altar y en el Crucifijo que tenía los brazos enteramente abiertos como para atraer á los malos al arrepentimiento y brindarles con la misericordia. Y concluyó la misa, y todavía permanecía yo de rodillas buen espacio pidiendo á Dios sin leer el libro que tenía en la mano, pero sí desde lo más profundo de mi corazón.

Véase qué fué lo que pedí en aquel momento: «¡Oh Dios de infinita bondad! Creo en vos y os doy gracias por haber permitido que ya no esté yo bajo el poder del Demonio. Seis años há, casi, que vuestros peores enemigos me hicieron gran sacerdotisa del Demonio, despues de haber aprendido desde niña que Lucifer era el divino príncipe de todo bien, y Vos el dios del mal. ¡Perdonadme, Dios mío, perdonadme!... ¡Perdonad también á los que engañaron á mi padre, puesto que como bien lo sabeis, mi amadísimo padre vivió de buena fé en el error... También mi querida madre, aunque no tan sumergida en él, os desco-

noció. ¡Perdonadla, mi buen Señor, por los merecimientos de Jesucristo; perdonadla en recompensa de su dulce caridad! Que las buenas obras que practicó en la tierra, sean en el otro mundo como el precio de su rescate y el de mi padre, y concededme, el día que vuestra Providencia hubiese fijado para poner fin á mi existencia humana, concededme la gracia de volver á encontrar á ámbos en la mansión de la eterna felicidad, que es vuestro Paraíso, oh Dios mío!

"Derramad la luz de vuestra verdad santa en el entendimiento de todos los que continúan ciegos, como lo estuve yo tan largo tiempo. Ahora es cuando veo las profundidades del abismo donde me tenía Satán y de donde Vos me habeis sacado; mas ¡oh Dios mío! puesto que ya al presente os amo; puesto que me habeis preservado de tanto mal aún hallándome en poder del Demonio; puesto que me quereis para Vos, ¡os lo ruego! dadme más y más luz, y no me dejéis en la menor duda acerca de los misterios de vuestra religión, acerca de las enseñanzas de la Iglesia de Jesucristo.

"¡Oh buen Jesus, Cordero sin mancha! A vos, que os ofrecísteis á Dios como víctima expiatoria para borrar los pecados de los hombres, tambien yo os amo con todas las fuerzas de mi alma. Concededme la gracia de creer que estais presente en la blanca hostia que levanta el sacerdote del Santo de los Santos hacia esa Cruz, donde os veo clavado y que me recuerda cómo al exhalar el

último aliento perdonábais á vuestros verdugos. Miétras yo no tenga fé en el misterio de la divina Eucaristía, no he de ser feliz del todo. ¡Oh Cristo amantísimo y digno de ser amado! ¡oh Hijo de la Mujer más santa entre las mujeres! ¡oh Mesías, redentor del mundo! dadme la fé que me está faltando!

"Y Vos, María Santa, Reina de los cielos, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, Nuestra Señora de las Victorias, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, Vos que aplastais la cabeza de la serpiente maldita, ¡rogad por mí, amparadme, salvadme!

"Dios mío, dos meses há, la antevíspera de la Pascua, los paladistas de todo el mundo, masones ó no, injuriaban á nuestro Cristo, pisoteando la Cruz; hoy, en este momento mismo, imaginanse que le matan, que le sacrifican, y desahogan su furor salvaje contra el Sacramento de la Eucaristía. Mas Vos sabeis, Señor, que jamás tuve participacion en aquellos actos de extremado desencañamiento del odio paládico, sin embargo de que ningun mérito contraía yo con ello, puesto que no creía en la presencia real. Ellos, los otros, gritan: ¡"Aquí está el Cristo!" y, puñal en mano, arrójense con rabia feroz sobre la blanca hostia. . . . ¡Miserables! ¡Perdonadlos, Dios mío, que no saben lo que hacen! En cuanto á mí, necesito creer, y necesítolo para adorar bajo las místicas especies á vuestro Cristo. ¡La fé, pero una fé completa. . . . ¡oh! concedédsela, divino Criador, concedéd-

sela á la indigna criatura que os implora! Séame dado gustar la perfecta alegría de estas santas mujeres que oran en este mismo lugar conmigo! Yo os adoro, Dios de bondad, en vuestra clemencia y en vuestra justicia; mas tambien en vuestros divinos misterios quiero adoraros. No desecheis mi oracion, Señor, ¡iluminadme!

«Vos, Juana, mártir valerosa y pura, sed mi intérprete celestial y defended mi causa cerca del trono de Dios. Presentad mi retractacion á Jesus, cuyo Nombre triunfador escribáis junto con el de su santa Madre en vuestro estandarte, y decidle al Omnipotente, al único Omnipotente que os admitió en su gloria; decidle que le ofrezco mi vida por la conservacion de todo aquél que me quisiere mal.

«Sí, Señor, sí; despues de iluminarme el entendimiento, apoderaos de mí. Sea yo á mi vez la víctima; aplaque mi sacrificio vuestra justa cólera; sirvan las lágrimas de dolor que derramo, para borrar las ofensas que habeis recibido de mis ex-Hermanos y ex-Hermanas. ¡Piedad para todos ellos, oh Dios mío! ¡Iluminadlos á todos y perdonad hasta á los más culpables! Mi salud, mi sangre, mi vida, ¡tomadlo todo, y haced que tornándose hombre honrado Adriano Lemmi, se convierta á Vos y os bendiga para siempre!»

Junio 16.

Dos días permanecí todavía en aquel convento, cuya superiora es de clarísima inteligencia, de un

talento cultivado como los mejores y de gran discrecion. Desde que comenzó á oír mis explicaciones, comprendió la necesidad que había de que guardaran el secreto de mi visita las dos únicas personas á quienes me había yo descubierto como quien en realidad era, siendo una de ellas la superiora misma. Comprendió tambien la imposibilidad en que estaba yo para seguir á su lado mientras escribiera mis Memorias; se explicó perfectamente la organizacion que había yo dado á mis tareas, sin que se fuera á descubrir el lugar donde me ocultaba, y quedó, en fin, convencida de que nada podría yo hacer tomando como retiro otro lugar que no fuera ese. Le prometí, sin embargo, que alguna vez la sorprendería con mi visita, y nos despedimos.

En seguida hice que mi editor me devolviera lo que escribí despues de la contestacion que dí á la bóveda del Comité Federal de Londres, contestacion que sale con su propia fecha, 8 de Junio, al principio de estas Memorias, para que el cristiano lector tenga á la vista la prueba de los progresos espirituales que hice en cinco días. Acaso venga la vez en que públicamente pueda yo dar á conocer la causa de ello. Mas aquello que escribí durante los días 9 y 10 de este mes de Junio, salía sobrando para mi objeto, puesto que eran ya muy distintas mis impresiones desde que asistí á la santa Misa del día de Corpus.

Así, pues, reuniendo de prisa todos mis materiales, reclamo la indulgencia para una obra que ten-

Miss Vaughan — T. I. — 5.

go de escribir sin plan alguno preconcebido, y doy aquí principio á mis labores. Mi trabajo ha de resultar forzosamente desatinado; mas no vaya el lector á atribuirlo más que á las circunstancias. En todo caso, estén seguros todos de que no los escandalizaré con mis palabras, pues sabido es que jamás falté á la mía.

Pido á todos mis lectores que no me olviden en sus oraciones. Vosotros principalmente, amigos míos, haced que pidan los sacerdotes, los religiosos y las religiosas que fueren de vuestras familias, y para que lleguen hasta el cielo las voces más puras, haced que tambien pidan por mí los niños en union de los ministros y de las vírgenes del Señor.

† Anoche me separé del convento, en donde se me dijo al salir que multitud de sacerdotes, de religiosos y religiosas tenía ofrecida á Dios la vida, para conseguir, mediante ese sacrificio, que jamás volviera yo á ser luciferiana. No lo soy ya por cierto; pero ¡oh Dios mío! no acepteis la vida de ninguno de vuestros sacerdotes, no acepteis la de ninguna de vuestras religiosas, tan puras y llenas de merecimientos; aceptad, sí, la mía cuanto ántes!

† ¡Nuestra Señora de las Victorias, Nuestra Señora del Sagrado Corazon! ¡Rogad por mí!

† ¡Juana de Arco! ¡Combate por mí!



CAPITULO I.

LUCIFER EN EL SANCTUM REGNUM.

VIENTICINCO años un mes ocho días tenía de edad, cuando fui presentada oficialmente á Lucifer; es decir, cuando por primera vez vi con mis propios ojos á Aquel que se dice rival del Dios de los cristianos y eterno superior suyo. Tres días ántes había pedido que le presentara yo mis homenajes, y el día 8 de Abril de 1889, que fué un lunes, se los presenté efectivamente en el Sanctum Regnum. ¡Fecha funesta, que hoy maldigo, cuando por espacio de seis años fué motivo para mí de gloria mientras viví engañada!

Multitud de obras y de periódicos se han estado ocupando de mi persona en estos últimos años,